7. ¿Es posible hablar del trabajo doméstico no remunerado desde la crisis del sistema? Apuntes para su discusión

MARÍA ÁUREA VALERDI GONZÁLEZ*

CRUZ MARISOL JIMÉNEZ PÉREZ**

DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.322.07>

Resumen

El siguiente texto se centra en el análisis del trabajo doméstico —remunerado y no remunerado—, partiendo de la categoría marxista de trabajo y subrayando su papel fundamental para la reproducción de la fuerza de trabajo y, por ende, para la generación de plusvalor en el capitalismo. Se parte de la premisa de que la invisibilidad histórica del trabajo doméstico versus el reconocimiento del trabajo productivo como “trabajo” y creador de valor, en el contexto actual, sostiene las cadenas globales de valor no solo a través de la internacionalización de mercancías, sino también de cuidados y trabajo doméstico. Se problematiza que, bajo la lógica capitalista y sus jerarquías de género, la relación entre capital-trabajo incorpora construcciones sociales androcéntricas que sitúan a las mujeres y su trabajo en la invisibilidad. Frente a la “ofensiva contemporánea del capital” se busca reconocer que la reproducción de la vida es tan social y económica como la misma producción de mercancías. Se amplía el debate y la urgencia de incluir el trabajo doméstico en la teoría de valor para situar las experiencias y las contribuciones materiales de las mujeres al capitalismo global.

* Doctora en Sociología por el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la BUAP. Profesora investigadora y directora del Departamento de Estudios Sociales de la Universidad de Guanajuato Campus León. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4250-4672>

** Estudiante de la Maestría en Estudios para el Desarrollo, Universidad de Guanajuato, Campus León. ORCID: <http://orcid.org/0009-003-9013-4271>

Palabras clave: *trabajo doméstico, género, mujeres.*

Introducción

A manera de ensayo presentamos algunas consideraciones para tratar de entender por qué a las actividades que realizamos las mujeres las denominamos *trabajo doméstico* y si esta forma de nombrar puede analizarse desde la categoría marxista de trabajo. Intentaremos argumentar su importancia en la producción de la vida y en la reproducción de la fuerza de trabajo, mercancía sobre la que descansa el sistema capitalista. Partimos del supuesto de que la invisibilidad del trabajo doméstico remunerado y no remunerado, pero sobre todo éste, ha apoyado al trabajo productivo y contribuido a la generación de plusvalor de manera paralela en la historia del capitalismo. Si hoy hablamos de cadenas de valor con la nueva división internacional del trabajo, también hablamos de cadenas de trabajo doméstico y de cuidado entre los países.

El ensayo también busca problematizar cómo estas cadenas de trabajo no remunerado y de cuidados someten a las mujeres a la reproducción de plusvalor al garantizar al capital la reproducción cotidiana de la fuerza de trabajo. Bajo esta dinámica, la relación capital trabajo no puede (ni debe) entenderse únicamente en términos económicos. Como han aportado distintas autoras desde el feminismo, esta relación incorpora jerarquías sociales y de género históricamente construidas para invisibilizar la contribución central de las mujeres al sostenimiento de la vida y del capitalismo global.

El camino hacia el entendimiento

Una de las grandes enseñanzas del pensamiento marxista es empezar el análisis de los problemas por lo concreto, la realidad actual en su contexto y sus circunstancias sociohistóricas para después ir a lo general, a lo complejo, a la teoría y regresar de nuevo a lo concreto pensado, es decir, trazar un camino dialéctico para el entendimiento de la realidad. Esta es una de las tareas de enseñar/aprender economía política, que no escinde los pro-

blemas económicos de la toma de decisiones política, sino que vincula los problemas de desarrollo nacional con el dinamismo de la división internacional del trabajo bajo lo que Gambina (2023) denomina “la ofensiva del capital”. De ahí la importancia de retomar el pensamiento marxista.

Asistimos a un momento de desesperación del capitalismo por encontrar nuevas formas de obtener ganancias, de aumentar la plusvalía que los avances tecnológicos han dejado de proveer en los centros de trabajo. Se mercantiliza la fuerza de trabajo. La digitalización de la economía trae otras formas de trabajo y de vida. Una nueva distribución geopolítica que dibuja las cadenas globales de valor. En este escenario del capitalismo neoliberal es necesario discutir a Marx, como sugiere Gambina (2023), y analizar la lógica del funcionamiento del sistema, las formas de acumulación. Hoy es más vigente que nunca hablar del sistema imperial, como sugiere Petras (2006), pues es un concepto político clave para entender la acumulación a escala mundial. El capital puede trasladarse libremente por el mundo hasta encontrar territorios adecuados, fuerza de trabajo barata y condiciones políticas viables. El Estado Imperial (EI) representa los intereses de las clases dominantes a escala mundial, con un armamento institucional e ideológico sin precedentes, a través de la actividad política e ideológica de las agencias económicas dirigidas a conquistar los mercados y de los aparatos de inteligencia (Petras 2006). Este entramado de poderes se teje como una telaraña que atrapa a los más débiles: la clase trabajadora, los grupos marginados, los excluidos, las mujeres. Un sistema que va contra el trabajo, la naturaleza y la sociedad (Gambina 2023).

Mientras esto sucede a nivel internacional, mientras el capitalismo echa mano de todo lo que tiene al alcance para mantener su ganancia, el trabajo doméstico sigue y sigue. ¿Sigue igual o ha cambiado? ¿Qué significa su invisibilidad en las estadísticas de generación del Producto Interno Bruto? ¿Se puede pensar el trabajo doméstico con la ley del valor? Si, como dice Marx, el capital es, sobre todo, una relación social, ¿no es social el vínculo trabajo productivo-trabajo reproductivo? Entendiendo como reproducción no solo el sistema sino el reproducir la fuerza de trabajo, reproducir la vida social. ¿Por dónde empezar?

El trabajo en Marx. Punto de partida

Rosa Luxemburgo (1913) al hablar de acumulación de capital, Ruy M. Marini (1973) al explicar la teoría de la dependencia, Marques y Nakatani (2013) al escribir sobre el capital ficticio y su crisis o Carcanholo (2017) al analizar la superexplotación, todos parten de la ley del valor como un marco teórico general y necesario. Es la teoría puesta en juego para entender las nuevas expresiones del capitalismo. Se parte del trabajo productivo, de la ley del valor, de la plusvalía y de cómo se obtiene. Estas son las bases teóricas marxistas con las cuales hay que analizar el capitalismo contemporáneo. Son las mismas con las que se pretende explicar el trabajo doméstico, ese que está fuera (o pareciera) del circuito de la mercancía. Si la esencia del sistema capitalista es la producción de plusvalía, como dijo Marx citado por Gambina (2024), entonces el trabajo productivo es la fuente de plusvalor.

Aquí cabe hacer la primera precisión, el trabajo, la fuerza de trabajo, el trabajo productivo, la plusvalía. Carcanholo (2017) explica que Marx no fue claro en su distinción, pero es necesario hacerla. Iniciamos con una cita: “*la cuota de plusvalía es, por tanto, la expresión exacta del grado de explotación de la fuerza de trabajo por el capital o del obrero por el capitalista*” (Marx 1968 citado por Carcanholo, 2017, p. 92. Itálicas en el original). La fuerza de trabajo es una mercancía que tiene un valor de uso y un valor. El valor de uso “está dado por su efecto útil, por aquello que el trabajo es capaz de hacer, el ejercicio efectivo de su capacidad de trabajo... Como el trabajo es la sustancia/fundamento del valor, el resultado del consumo del valor de uso de la fuerza de trabajo implica creación de valor...” (Carcanholo, 2017, p. 93). Quien se apropia de ese valor es quien compra la fuerza de trabajo; el capitalista.

Entonces, a guisa de ser simplista, la fuerza de trabajo es la mercancía, y el trabajo es el valor de uso de esa mercancía. Sin ello no podría entenderse la creación de plusvalía. Por su parte, la creación de plusvalía se da por medio del proceso de trabajo que se genera por el capital constante (medios de producción) y el capital variable (salarios). Con este salario se paga no solo el tiempo socialmente necesario invertido en la producción, sino que el valor de la parte no pagada del trabajo es la plusvalía. El tiempo, entonces,

es una categoría clave para entender el plusvalor. Al trabajador se le paga por el tiempo socialmente necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo. Una vez cubierta esa cuota, entonces lo que produzca más allá de eso será ganancia, plusvalor. El aumento de la plusvalía absoluta se da mediante el incremento de la jornada de trabajo. La plusvalía relativa se da si se intensifica el proceso de producción. ¿Quién produce (si se puede hablar en esos términos) la mercancía “fuerza de trabajo”? las mujeres. Hacemos “trabajo de parto” (*sic*). Las mujeres trabajan, dice Rosa Luxemburgo (1913), desde que el mundo es mundo. Pero con el advenimiento del capitalismo el trabajo de reproducción, el trabajo doméstico quedó relegado al ámbito privado y al matrimonio, se desvalorizó, se hizo invisible. Esta condición es lo que yo llamaría superexplotación del trabajo doméstico.

Intentando una explicación del trabajo doméstico

Silvia Federici (2018) ha aportado mucho para la comprensión del trabajo doméstico desde el feminismo al criticar el marxismo. La autora dice que el trabajo doméstico que produce la fuerza de trabajo lo hace desde los hogares. En coincidencia con ella, “el trabajo de reproducción es el pilar de todas las formas de organización del trabajo en la sociedad capitalista” (p. 14). Su gran contribución es señalar que el salario es la expresión de poder, dependencia y dominio del capital sobre el trabajo.

Sin la compra de la fuerza de trabajo no hay producción de valor o plusvalor. Es en el proceso de la producción de mercancías donde se finca la generación de plusvalía (motor del sistema capitalista). Por otra parte, Marini (1973), que también toma la teoría del valor para explicar la dependencia, indica cómo se compensa la transferencia de valor a partir de tres mecanismos en la escala nacional. El incremento de la intensidad del trabajo aparece como aumento de plusvalía a través de una mayor explotación del trabajo. Una segunda vía es el alargamiento de la jornada de trabajo y un tercer elemento consiste en reducir el consumo del trabajador. Estos son los dispositivos que implementa el capital para mantener la ganancia. Si esto es así, el capitalismo en crisis, como sucede hoy, recrudece las formas de obtener plusvalor, por lo tanto, también intensifica el trabajo doméstico con

una doble o triple jornada, alarga las jornadas de trabajo doméstico, como se demostró con la pandemia del Covid-19 y reduce el consumo del trabajador con menores salarios.

Al igual que en la producción de mercancías, la producción de fuerza de trabajo (que también es mercancía) se finca en la mayor explotación del trabajador, en este caso de las mujeres y no de su capacidad productiva (el trabajo doméstico). Es sobre los hombros de las mujeres, entonces, que recae el peso del aumento del trabajo, pues es simplemente la acción de las mujeres sin un aumento de capital que aumenta la riqueza producida. En estas circunstancias, la actividad productiva se basa, sobre todo, en el uso extensivo e intensivo de la fuerza de trabajo (de las mujeres) que, aunado al aumento del grado de explotación del trabajo, hace que se eleven simultáneamente las cuotas de plusvalía y de ganancia (Marini, 1973). El trabajo doméstico no remunerado ha contribuido a la generación de plusvalor a lo largo de la historia del capitalismo en la medida en que el capital no paga o no invierte en “capital constante”. El trabajo doméstico es una creación del naciente capitalismo (siglo XVIII) junto con la familia nuclear, un trabajo que es “pagado” de manera indirecta a través del salario del obrero. Este primer acto hasta dónde no es una forma de “subsumir” el trabajo doméstico al capital. Con el salario no solo se crea una condición de desigualdad sino de dependencia. El trabajo doméstico sería, entonces, un elemento de explotación más (Federici, 2013).

Carcanholo (2017) es muy claro cuando hace la diferencia entre explotación de la fuerza de trabajo (mercancía) y la explotación del trabajo (valor de uso) para indicar que es en la fuerza de trabajo donde se realiza la súper-explotación. El trabajo doméstico, al ser un trabajo invisible, poco valorado y sin reconocimiento social contribuye a la realización de la plusvalía: “el robo de la plusvalía, trabajo no pagado, es lo que en la sociedad capitalista hace de la reproducción en general un *perpetuum mobile*” (Luxemburgo 1913, p. 8. Cursivas en el original). Es decir, que el capital remunere la fuerza de trabajo por abajo del valor, puede ser solo en el ámbito privado del hogar. Por otro lado, Luxemburgo (1913), a lo largo de su texto, maneja la reproducción del sistema capitalista, en donde el trabajo de las mujeres es importante, pero no distingue la reproducción de la fuerza de trabajo a través del trabajo doméstico. No es sino recientemente (siglo xx), con la crisis del sis-

tema capitalista que llevó a la reestructuración productiva mundial, a la reorganización del trabajo, al retiro de funciones del llamado estado de bienestar, al aumento de las mujeres en el mercado de trabajo que se empieza a hablar de trabajo doméstico. Antunes (2019) reconoce que no ha habido vida humana sin trabajo, pero que fue el capitalismo quien convirtió al trabajo en una actividad alienada, fetichizada. Marx introdujo una relación dialéctica del trabajo, dice Antunes, crea y subordina, libera y esclaviza e, insistimos, el trabajo doméstico ha ido a la par de estos cambios.

El trabajo doméstico primero y el trabajo reproductivo después son construcciones que han hecho las mujeres para visibilizar el trabajo que posibilita la vida. El trabajo reproductivo es una síntesis que incluye el trabajo del hogar, la reproducción biológica y el cuidado de los hijos, el cuidado de otros, los enfermos, discapacitados y ancianos, pero también se refiere a la producción social, el bienestar emocional, físico, psicológico, social. Estos trabajos quedaron en la sombra con la emergencia del capitalismo, pero siguen ahí. El trabajo reproductivo como síntesis acompaña la producción de “fuerza de trabajo” y muta y pervive con cada cambio del capitalismo.

Las mercancías se realizan en la circulación

La fuerza de trabajo es una mercancía. Debido a esto, Marx diferenció la fuerza de trabajo que se vende por su valor, la única mercancía que puede crear plusvalor. Pero si esa mercancía (o sea la fuerza de trabajo) está dañada o no cumple con las condiciones que se esperan de ella, no puede generar el plusvalor que se espera. El trabajo doméstico y de cuidado de las mujeres hace que la fuerza de trabajo esté en las mejores condiciones de salud y vida para poder entrar al mercado de trabajo. Son los cuidados de alimentación, salud física, emocional y psicológica, es decir, es el trabajo de cuidado de las mujeres lo que posibilita formar, criar, hombres y mujeres para el trabajo. Por lo tanto, es un *trabajo* del que el capital se apropia de manera indirecta, subsume a la fuerza de trabajo y obtiene plusvalor. “Que, aunque no se traduce en salario para nosotras, producimos ni más ni menos que el producto más precioso que puede aparecer en el mercado capitalista: la fuerza de trabajo” (Federici, 2013, p. 26).

De la misma manera que el trabajo en lo particular puede ayudarnos a comprender el trabajo doméstico, la circulación de la mercancía, como proceso necesario para obtener mayor plusvalía, nos sirve para entender cómo el trabajo doméstico se convierte en un equivalente general de todas las mercancías fuerza de trabajo. Para que la mercancía tenga un valor socialmente reconocido requiere del intercambio de mercancía fundado en el trabajo abstracto (Marques & Nakatani, 2013). La ganancia resulta de la importancia social de la actividad en la esfera de la circulación, por lo tanto, el comercio internacional y la división internacional del trabajo también determina el lugar del trabajo doméstico en la internacionalización. Como dice Gambina (2023), la internacionalización del capital tiene que ver con las cadenas de valor a escala mundial. La transnacionalización con los capitalistas que tienen la capacidad de mover sus capitales, con apoyo de los organismos internacionales, involucra a varias naciones, por lo tanto, la propiedad trasciende.

La circulación de la mercancía se intensifica a partir del llamado neoliberalismo, justo cuando el capital busca nuevos mercados para obtener la ganancia que se pierde con el avance de los procesos tecnológicos, por un lado. Por el otro, la digitalización de la economía tiene un impacto en el orden internacional y los mercados. Ambos aspectos son cruciales para entender la crisis del capitalismo a partir del 2007, que no descarta momentos anteriores de crisis. Si existe una ampliación de la producción y la circulación del capital mundial, existe una ampliación de la circulación de la mercancía “fuerza de trabajo”. Es el incremento de las migraciones, de países de menor renta a países de mayor renta. El trabajo doméstico se inserta nuevamente en estas cadenas de valor porque si se mueve la fuerza de trabajo, se mueve el trabajo de reproducción que implica el doméstico.

Trabajo doméstico de plataforma

Antunes (2024, 2023) indica que “el capital no se valoriza sin realizar alguna forma de interacción entre trabajo vivo y trabajo muerto, intenta aumentar su productividad ampliando los mecanismos de extracción de plusvalía a través de la maquinaria informacional, recreando nuevas formas de explo-

tación del trabajo” (p. 13). Antunes reconoce que, en el neoliberalismo, la financiarización de la economía y la crisis del capital industrial fue compensada por la expansión de los servicios de salud, vivienda, educación, que fueron privatizados. Este hecho amplió la masa de trabajadores precarizados, flexibles, intermitentes, informales y, junto con ello, el trabajo doméstico se adhiere con más fuerza al ritmo flexible de la fuerza de trabajo. Es la superexplotación y algo más.

Si para el trabajo de plataforma los trabajadores adquieren sus instrumentos de trabajo, el auto, el móvil, la computadora etc., es decir, cargan con el costo de inversión, eso merma el ingreso para el trabajo doméstico, de por sí ya subsumido al capital. Si, como dice Antunes (2023), la empresa no es responsable de sus trabajadores, pero sí de su ganancia, es el trabajo doméstico lo que continúa con esa responsabilidad. Es el hogar lo que se ve inmerso en una nueva dinámica de vida y trabajo sin ganancia. Si para el capital de plataforma los hombres y mujeres pasan de ser trabajadores a ser emprendedores, el trabajo doméstico, el trabajo vivo, se traslada al ámbito de lo privado. Bajo estas nuevas condiciones puede ser que, entre mayor ganancia y plusvalía para el capital, mayor precarización, subordinación y explotación del trabajo doméstico.

Con el salario, que es la expresión de poder entre capital y trabajo, no se cubre el trabajo doméstico. Es no invertir en la producción de la fuerza de trabajo o no invertir en el capital constante. Con el trabajo de plataforma el trabajo doméstico amplía la superexplotación porque el salario ya no cubre los costos de inversión (si es que alguna vez lo hizo). Además, este sistema de metas, de ritmos, que intensifica el trabajo, produce otros efectos como los acosos, enfermedades, depresiones y suicidios (Antunes 2024). Todos ellos le pegan directamente al trabajo doméstico, que asume, a través del cuidado de la fuerza de trabajo, los costos de su conservación. La precarización aumenta de manera exponencial hasta alcanzar niveles groseros. La población que vive del trabajo, con la pandemia, echó por tierra la separación entre los tiempos de vida y el trabajo.

La invisibilidad del trabajo de las mujeres

Después de varias décadas de análisis y teorizaciones en torno al trabajo doméstico, desde el marxismo, los estudios de género y el feminismo, se sigue señalando su invisibilidad histórica en el capitalismo. Esta “invisibilidad” no es sino la realidad material de miles de mujeres, el día a día de nuestras abuelas, bisabuelas, tatarabuelas, y de nosotras mismas. ¿Por qué sigue siendo invisible? ¿Qué lo desdibuja al punto de que definirlo como trabajo representa un desafío teórico? Cuando decimos que el trabajo doméstico contribuye a la generación de plusvalor es a uno invisible que no es reconocido ni por las instituciones ni por el PIB, mucho menos por el capital. Un plusvalor que se aleja de la lógica que adquiere en el trabajo productivo. Aquí no existe la compra de fuerza de trabajo porque se extrae directamente del trabajo no remunerado de las mujeres. Por lo tanto, la cuestión que intentamos explicar es el trabajo doméstico no remunerado (amas de casa), partiendo de una concepción androcéntrica del trabajo: el productivo.

El trabajo doméstico, desde la perspectiva feminista de Mohanty (2003), forma parte de lo que denomina *trabajo de las mujeres*. No se refiere al trabajo (al hacer) que realizan las mujeres, sino a “la construcción ideológica de los empleos y tareas en términos de las nociones de feminidad apropiada, domesticidad, (hetero)sexualidad, y estereotipos raciales y culturales” (Mohanty, 2003, p. 197). Estas nociones que moldean el trabajo de las mujeres y su percepción como “natural” o “propio de las mujeres” son, además, asociadas a la idea de que son realizadas por amor y un deber femenino. Así, la asignación de valor en la concepción marxista de trabajo y, para el trabajo doméstico, también se encuentra mediada por estas concepciones. Entonces, ¿qué le da valor al trabajo de las mujeres? Desde la perspectiva de Marx, el valor depende de las condiciones materiales e históricas que lo generan; una mercancía no solo tiene valor por su precio en el mercado (valor de cambio), sino que su valor se constituye en la dinámica social y económica del capitalismo. De la misma manera, la fuerza de trabajo (como mercancía) adquiere valor no solo por el plusvalor que genera al capital, sino porque su reproducción depende de condiciones materiales específicas, sostenidas en su mayoría por el trabajo no remunerado de las mujeres.

En el caso del trabajo doméstico, aunque no es productivo en los términos marxistas tradicionales, constituye una base esencial para la producción de valor y plusvalor en el capitalismo. Así, las categorías marxistas de plusvalor y valor de la fuerza de trabajo se transfiguran en ganancia y salario. El trabajo doméstico se transfigura y se transforma simbólicamente en actos de amor, cuidado y deber, desvinculándolo de la esfera productiva. Por lo tanto, es necesario señalar la contribución a la generación de plusvalor invisible del trabajo doméstico para el capital como categoría analítica y política en tanto que permite reconocer y explorar analíticamente las identidades, historias y luchas de las mujeres que aseguran la reproducción diaria y generacional de la fuerza de trabajo. Las representaciones que hacemos de las mujeres y del trabajo doméstico circunscriben nuestra comprensión y nuestro análisis. Por ello, habría que matizar que, si se define al trabajo doméstico en relación con el trabajo productivo, este no produce plusvalía porque, partiendo del análisis tradicional, como ya se mencionó, se utilizan categorías que adoptan ciertas definiciones de feminidad y sexualidad en relación con los hombres.

Así como reducir la substancia del plusvalor en la ganancia de los capitales enmascara la explotación inherente en la relación capital-trabajo, también pensar el plusvalor únicamente en términos de la explotación de la fuerza de trabajo simplifica un conjunto amplio de relaciones sociales. Del mismo modo, reducir la sustancia del trabajo doméstico a la reproducción de la fuerza de trabajo enmascara las relaciones de género, raza y clase que estructuran y sostienen al sistema patriarcal-capitalista. Son estas interconexiones entre género, raza y etnia, así como las jerarquías laborales las que ubican a mujeres en contextos de explotación específicos (Mohanty, 2003, p. 205), a pesar de las diferencias geográficas y socioculturales en la organización de la economía global. Pero también las ubica a ellas y sus contribuciones a la economía mundial en la invisibilidad. En el análisis tradicional el trabajo doméstico remunerado produce plusvalor si se produce para el capital, pero no produce plusvalor si se remunera con réditos del capitalista o con salarios de otros trabajadores. Bajo esta perspectiva, el trabajo doméstico no remunerado que se produce en los hogares de las y los obreros produce solo valores de uso y “reproduce la vida de esa familia”, no produce plusvalor. La cuestión de que produzca o no plusvalor se encuentra mediada

por construcciones e instrumentos de control patriarcales (capital y salario) que definen qué es lo productivo. Lo productivo se construye bajo una lógica de demarcación de espacios y funciones relacionadas con la trayectoria vital del hombre. El mercado es uno de esos espacios históricamente definido y dominado por las relaciones de producción y consumo que giran en torno al trabajo masculino remunerado.

Mohanty (2003) señala que “la identidad de género (definida en términos domésticos, heterosexuales y familiares) estructuran la naturaleza del trabajo que las mujeres tienen permitido hacer o impide por completo que se conviertan en trabajadoras” (p. 198). Esta construcción de género no solo limita las tareas que las mujeres pueden realizar, sino que también condiciona el valor que se da a su trabajo. Que el trabajo doméstico no figure en la creación de plusvalor se debe a que las mujeres no son trabajadoras, solo son trabajadoras cuando se incorporan al trabajo asalariado. Otra distinción en este devenir es que el trabajo de las mujeres pasa del ámbito privado al ámbito público.

La naturalización histórica y específica del trabajo doméstico dentro del ámbito privado es otro elemento en su contra. Es un fenómeno construido que tiene raíces en la división sexual del trabajo y que se consolidó con la expansión del capitalismo. Es y ha sido uno de los temas centrales a la hora de abordar la opresión de las mujeres. Federici (2010) señala que, en la transición del feudalismo al capitalismo, se introdujeron cambios en el proceso de reproducción social, especialmente en la reproducción de la fuerza de trabajo. Se constituyó la esfera de la reproducción como fuente de creación de valor sin que este sea reconocido, sometiendo el trabajo femenino y la función reproductiva de las mujeres a la reproducción de la fuerza de trabajo. A la par, el trabajo doméstico se convirtió en un factor clave para la acumulación capitalista. Siguiendo a María Rosa Dalla Costa, citada por Federici, ella señala que el trabajo no-pagado de las mujeres en el hogar “fue el pilar sobre el cual se construyó la explotación de los trabajadores asalariados, ‘la esclavitud del salario’, así como también ha sido el secreto de su productividad” (Federici, 2011, 16). La invisibilidad del trabajo doméstico es reflejo de estructuras históricas, materiales y simbólicas que lo subordinan frente a las categorías analíticas dominantes del trabajo productivo. La superexplotación del trabajo doméstico sigue siendo la base para la acumulación

del capital. Su valorización debe avanzar en el orden epistemológico-metodológico, partiendo de la propia experiencia de las mujeres.

¿Quién sostiene la creación del valor y a qué costo?

Siguiendo las palabras de Mohanty (2003), “la naturaleza cotidiana, fluida y fundamentalmente histórica y dinámica de la vida de las mujeres del *Tercer Mundo*” (p. 81) se diluye, situándolas en el “*subdesarrollo*”, donde su trabajo (ya sea doméstico, de cuidados o productivo) no se reconoce como generador de valor en las dinámicas de la acumulación global. Las mujeres del Tercer Mundo, como una categoría social, constituyen un punto de partida para el análisis crítico y político para poder discutir el trabajo doméstico. Si bien este término puede ser problemático, desde una perspectiva contemporánea por su origen en narrativas colonialistas, nos permite situar las experiencias de un conjunto amplio y diverso de mujeres en territorios que, más que subdesarrollados, sostienen las cadenas de valor globales a través de cadenas de trabajo doméstico y de cuidados. El trabajo doméstico forma parte de lo que Meillassoux (1977) denomina relaciones de producción domésticas, las cuales posibilitan la reproducción de la fuerza de trabajo. Son un conjunto de dinámicas que organizan la producción y reproducción en el ámbito doméstico. El capital subsume y organiza estas relaciones para la superexplotación del trabajo doméstico no remunerado, pero también mercantiliza parte de este trabajo a través de la contratación de servicios remunerados (niñeras, trabajadoras domésticas, cuidadoras), generalmente realizados por mujeres de clase trabajadora, racializadas y migrantes. Esta forma de control social, a través de los medios de la reproducción humana, opera como un mecanismo estructural que regula la forma en que las vidas y los cuerpos de las mujeres son usados para la reproducción biológica y social en el capitalismo.

Este control social en las relaciones de producción domésticas “se prolonga en todas las sociedades donde se ha reconocido el predominio del estatus sobre el predominio del contrato, la mujer no es admitida en el estatus de producción” (Meillassoux, 1977, p. 113). Es claro que, a pesar de la creciente incorporación de las mujeres del Tercer Mundo al trabajo asal-

riado, cuando son admitidas en el estatus de producción, es bajo jerarquías de género, raza y clase. Es decir que el sistema incorpora dinámicas de estatus para su funcionamiento, lo cual implica en el caso de las mujeres, además de la desvalorización y superexplotación del trabajo doméstico, lo que podemos analizar como un ciclo continuado de violencia bajo estas jerarquías. Segato (2003) hace un análisis del funcionamiento de la violencia en lo que denomina “las estructuras elementales de la violencia”. De acuerdo con su propuesta teórica, esta funciona en dos ejes interconectados: el horizontal del contrato y el vertical de la entrega y la expropiación. El contrato rige las relaciones entre categorías sociales o individuos que se clasifican como pares o semejantes. El segundo “ordena las relaciones entre categorías que, como el género, la raza y la clase, exhiben marcas de estatus diferenciados, señas clasificatorias que expresan un diferencial de valor en un mundo jerárquico” (Segato, 2003, p. 249).

Las mujeres del Tercer Mundo indígenas, racializadas y migrantes están insertas en esta dinámica de violencia en el eje de la entrega y la expropiación de su fuerza de trabajo. Las cadenas de valor como una de las tantas expresiones de la violencia hacia las mujeres configuran la super explotación del trabajo doméstico, en la que el Estado imperialista organiza las relaciones de producción domésticas en la base para la acumulación y la reproducción de la fuerza de trabajo.

A manera de síntesis

Como dice Gambina (2023), la ofensiva del capitalismo sobre la naturaleza, el trabajo y la sociedad desde 1970, ha venido afectando la subjetividad de los trabajadores por la creciente precarización salarial y laboral que ha aumentado y favorecido la fragmentación, descentralización, regionalización, etc. Es un movimiento del capital más allá de lo económico, es un impacto en la subjetividad de los trabajadores, en el proceso de des-sindicalización o despolitización funcional al objetivo de las ganancias. Favorecer el individualismo para socavar cualquier iniciativa a lo colectivo. Frente a este panorama celebro la iniciativa de cualquier movimiento social que alce la voz para de-construir los efectos negativos de la etapa actual del capita-

lismo. Este es un intento por poner en la mesa de las discusiones (otra vez) el trabajo doméstico, el hoy llamado trabajo de cuidado, el trabajo de reproducción de la fuerza de trabajo, que han abanderado desde los organismos internacionales como la Cepal o la ONU. La intención, tal vez forzada o errada, de utilizar categorías marxistas para tratar de entender el trabajo doméstico como un trabajo que produce la mercancía fuerza de trabajo. Tal vez por este hecho, el trabajo doméstico pueda explicarse del mismo modo que se explica la producción de otras mercancías tanto en el capitalismo de la Revolución Industrial como en el capitalismo de plataforma. Es posible que con este intento se termine por “cosificar” el trabajo doméstico porque entonces llamar trabajo doméstico a una serie de actividades que no se pueden explicar con las categorías del trabajo.

¿Dónde está la ruptura y dónde la continuidad? Si el trabajo doméstico en sentido estricto no tiene una jornada, un salario o prestaciones derivadas de ello, entonces estamos hablando de un “no trabajo”. Pero el “no trabajo” o trabajo atípico sigue estando en la esfera del capitalismo y éste sigue obteniendo de ello tanto plusvalor como pueda. La desvalorización del trabajo doméstico, su invisibilidad, o subordinación ha contribuido a la histórica división sexual del trabajo, relegando al ámbito de lo doméstico y privado un trabajo que reporta beneficios para la sociedad.

Los esfuerzos desde la academia y desde los movimientos sociales o gremiales por valorar, reconocer y discutir las formas escandalosas que ha orquestado el capitalismo para seguir obteniendo ganancias y plusvalía del trabajo, ese capitalismo que pasó de la nave industrial a la plataforma digital, y que ha generado denuncias y movimientos sociales y laborales en contra del trabajo precario, flexible, intermitente, ocasional etc. (Antunes 2019), ¿porque no incluyen al trabajo doméstico? Insisto en su denominación de trabajo para que pueda explicarse y valorarse por su contribución para mantener la reproducción de la vida.

La economía política en su carácter integral pudiera abonar al entendimiento del papel del trabajo doméstico en la creación de valor. El trabajo doméstico remunerado puede explicarse desde esta perspectiva porque tiene un salario, una jornada y eventualmente prestaciones, pero el trabajo doméstico no remunerado queda atrapado en la idea de “ama de casa” y lo excluye de toda posibilidad de análisis y de entender cómo se ancla con el

funcionamiento del capitalismo. Por eso surge mi propuesta de intentar usar las categorías marxistas sobre el trabajo en general, la teoría del valor, la ganancia y la plusvalía en ese trabajo de cuidado de la vida y del medio ambiente. Finalmente, después de dos años de pandemia y de un retorno a la “nueva normalidad”, el trabajo doméstico sigue siendo una asignatura pendiente, por más que los organismos internacionales hayan creado las estadísticas de usos del tiempo para mostrar (una vez más) las disparidades existentes en la división sexual del trabajo. Las preguntas continuas de Elorza (2024) nos dejan un compromiso muy fuerte de seguir discutiendo el carácter transitorio del capitalismo en un escenario de avance de la derecha. Sea pues este documento una provocación para seguir la discusión.

Referencias

- Antunes, R. (2023). *Uberização do trabalho e capitalismo de plataforma: uma nova era de desantropomorfização do trabalho?* *Análise Social*, 58 (248), 512-532. <https://revistas.rcaap.pt/analisesocial/article/view/33535>
- . *El nuevo proletariado de servicios, valor e intermitencia*. <https://www.herramienta.com.ar/perfil-antunes-ricardo>
- Carcanholo, M. (2017). *Dependencia, Superexplotación del Trabajo y Crisis: una interpretación desde Marx*. Maia Ediciones.
- Dalla Costa, M. (1972). *Poder femenino y subversión social*. Marsilio Editori.
- Gambina, J., Elorza, E. y Lagrave, F. (2016). Marx y la enseñanza de la economía política. *Revista Periferias*, 24, 121-179.
- De la Garza, T. E. (2017). Crítica del concepto de informalidad y la propuesta de trabajo no clásico. *Revista Trabajo*, 14.
- Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario. Crítica feminista al marxismo*. Tinta Limón.
- . (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Traficante de sueños.
- Luxemburgo, R. (1913). *La acumulación de capital*. <https://www.marxists.org/espanol/luxem/1913/1913-lal-acumulacion-del-capital.pdf>
- . (1914). *La proletaria*. <https://www.marxists.org/espanol/luxem/1913/1913-lal-acumulacion-del-capital.pdf>
- Marini, R. (2007). *Dialéctica de la dependencia*. Siglo XXI editores.
- Meillassoux, C. (2009). *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI editores.
- Mohabty Talpade, C. (2003). *Feminismo sin fronteras. Descolonizar la teoría practicar la solidaridad*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Petras, J. (2006). *Estado imperial, imperialismo e imperio*. <https://rebellion.org/docs/17545.pdf>

Segato, R. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Prometeo.